

mucho acompañamiento de su gente; unos llevaban picas y otros catanas desnudas y otras armas; y otro japon llevaba un quitasol muy bien aderezado. Visitóle toda la gente principal de Manila, con los cuales se entretendía en buena conversación, porque era hombre muy discreto y sagaz; convidóle a comer don Luis, el hijo del gobernador y a su hermano y a otros capitanes de Manila; después de comer pasaba el gobernador de su aposento, y allí se armaban juegos para entretenerlos, donde se jugaba largo. El embajador, pasados algunos días, visitó los conventos de las órdenes y luego las casas principales de la ciudad; estaría en Manila dos meses, poco más o menos. El gobernador y su hijo, en las veces que le convidaron, le dieron algunas cadenas de oro y preseas y a su hermano también; él presentó algunas armas de Japón curiosas al gobernador y a su hijo y maese de campo, y también dejó al gobernador los dos caballos que había traído; habiéndole dado el gobernador a él un buen caballo de Castilla.

Trató de su partida y habiéndose aficionado a los frailes francisco, donde había un hermano lego que sabía la lengua de Japón, tratóse de que volviese con él fray Pedro Bautista, de la dicha orden, muy buen predicador y religioso, aunque hubo contradiciones; el gobernador gustó de ello y le envió con aquel hermano por compañero para que él tratase con el emperador japon, de parte del gobernador, lo que fray Juan Cobos llevó a cargo, pues no había vuelto con respuesta. Concertóse el viaje y fray Pedro fue en navío a parte, que era de un Pedro González, portugués, el cual se ofreció a llevarle y traerle; porque quería traer su navío cargado de bastimentos y cosas del Japón; y así se partieron y hicieron su viaje por el mes de junio adelante, entendiendo que la vuelta sería por el mes de octubre siguiente, a más tardar. Lo que sucedió de esta embajada se verá por la carta de el padre fray Pedro Bautista, que fue por embajador, a aquellos reinos de Japón, la cual se refiere en el capítulo siguiente.

*CAPÍTULO XXX. Donde se hace relación de una carta que el
santo mártir fray Pedro Bautista escribió a la ciudad de
Manila*



OR CARTAS ESCRITAS DE EL EMPERADOR DE EL JAPON, llamado Taycozama, fue necesario enviar persona que llevase respuesta y razón de el intento de el gobernador de Manila, y así fue nombrado el padre fray Pedro Bautista, que fue por embajador de el reino (como dejamos dicho) y comisario de los religiosos que llevó en su compañía el cual, después de haber llegado y haber dado su embajada, escribió la carta que se sigue al provincial de la provincia de San Gregorio, en las Filipinas, que aunque también escribió al gobernador, por no tener copia de su carta, no supe de lo que le dio aviso; pero en esta carta, que aquí se refiere, se da razón de todo.

Pax Christi, &c. Habiendo pasado muchos trabajos en la mar, fue Dios servido llegásemos a tomar puerto a Firando, tres leguas de donde el emperador estaba; y por no haber llegado el navío en que venía el hermano fray Gonzalo, no fuimos luego a ver al emperador; llegó fray Gonzalo adonde nosotros estábamos treinta días después de nosotros y todo este tiempo estuvimos encerrados en una casa, sin salir de ella a visitar a nadie, por ser costumbre de los japones el que va por embajador no visitar a nadie, sin ir primero a hablar al emperador; el cual, como supo nuestra llegada, nos envió a visitar con un principal, el cual tiene a cargo los negocios de Manila y nos trajo navío en que fuésemos; no le fuimos nosotros a visitar luego por no haber llegado el hermano fray Gonzalo, y por no hablar por intérprete. Llegado pues el hermano fray Gonzalo, se negoció que él hablase, y al cabo pusieron nahuatlato, que nos pusiera bien de lodo, si yo no pusiera diligencia en que hablara el hermano fray Gonzalo, según las razones que el emperador había dicho como adelante diré.

En el interin que venía el hermano fray Gonzalo le pidieron a Pedro González, que iba con nosotros, en nombre de el gobernador de las Filipinas, que añadiese mil pesos al presente que llevaba al emperador, diciendo, el presente era muy poco; y viendo yo la instancia que hacían para que se diesen, me amohiné diciendo no se había de dar un maravedí más, que si aquello quisiesen, si no, que se volvería a Manila. Yo tenía grande recelo no quisiesen, con aquel dinero, dar a entender al emperador y a los demás circunstancias que le llevábamos aquello por tributo o señal de ello y por eso no quise yo, ni Pedro González tampoco, condescender con su petición. Llegado, pues, el hermano fray Gonzalo a la ciudad de Nangoya (ciudad de más de cien mil vecinos, donde el rey y sus grandes estaban al presente, por la guerra que con los corias tenía) fuimos a casa de el emperador, llevando nosotros el presente, donde le hallamos con los grandes de su reino y otras muchas gentes. Después de haberle hecho nosotros acatamiento, nos dijeron fuésemos a recibir colación de su mano, cada uno por sí, de la cual lleva allá el capitán Pedro González, para enseñarla a V. C., luego nos mandó dar a cada uno su vestido, a la usanza de el Japón (que estábamos algo lejos) a manera de ropas de levantar. Después de esto se levantó de una silla y dijo, en presencia de toda aquella gente, grandes y pueblo, que para este efecto se había juntado: cuando yo nací me dio el sol en el pecho y consultando los adivinos sobre esto, respondieron que había de ser señor desde el oriente al poniente; y dijo más: ciento y cuatro edades de gobierno han pasado que nunca ha habido emperador que rigiese y gobernase todos los reinos de Japón, sino yo, que lo he ganado y sujetado a mi imperio.

Y prosiguiendo su plática le dije que leyese la carta de la embajada que yo le había dado. Dijo que habían de hacer su voluntad los de Manila y que si no la hiciesen enviaría su gente contra ellos, que ya estaban ociosos y tenían ganado al Japón y al reino de Coria, y que el rey de China le había enviado una embajada pidiéndole su amistad y que le habían prometido la hija de el rey para que se casase con ella y que si no cumplía su palabra

que había de darles guerra y morir en la demanda; y que de otra parte le habían dado la obediencia. Yo le dije al hermano fray Gonzalo que pidiese licencia para hablar, habiéndole yo dicho antes lo que había de decir al emperador y captándole la benevolencia y loándole en su gobierno; y como tenía a todos los reinos de el Japón en paz, estuvieron dando y tomando, y tornó el emperador a decir que habían de hacer su voluntad los de las Filipinas, Poco a poco le fue el hermano fray Gonzalo ablandando con buenas razones, y trayéndole a la memoria una carta que el emperador había enviado a Manila, le dijo: vuestra grandeza no pedía en su carta obediencia, sino amistad. A esto respondió el emperador que se temía no le habían de guardar su palabra, y que la causa de dar guerra a la Coria había sido el no cumplirse la palabra (es la Coria mayor que quince veces el Japón, gente blanca y bien agestada, carirredonda). Respondió el hermano que nosotros éramos cristianos y que no habría falta en la palabra; y que obediencia no la dábamos sino a Dios y a nuestro rey y que en confirmación de esta verdad y de la amistad que daríamos los cuatro religiosos que allí estábamos y que le queríamos tener por padre. A esto respondió: sea muy en buen hora y que quería la amistad y que escribiesen los de Manila algunas veces y que él también les escribiría; y a nosotros nos dijo, que él nos quería dar casa y de comer. De todo lo dicho se colige de cuanta importancia había sido nuestra venida y haber traído la lengua que traíamos, que fue el hermano fray Gonzalo, el cual habló con el rey medio cuarto de hora, con tan lindo aire y tan sin turbarse, que todo aquel auditorio quedó espantado de ver el atrevimiento con que habló; porque ellos, aunque sean grandes, le hablan pecho por tierra y el hermano fray Gonzalo le habló sentado en una estera muy fina, usanza del Japón. Acabada la plática, nos llevaron a un aposento, las tablas de el cual eran de oro y de esto era todo el aposento. El grueso de las tablas como las ripias de España, y allí nos mandó dar de comer con vajilla de oro; y después una bebida regalada que ellos llaman cha; luego vino allí el emperador y se asentó junto a mí y me asió por la cuerda y se dio con ella un golpe en las espaldas, haciendo sentimiento que le había dolido. Habló un ratillo con el hermano fray Gonzalo, diciendo cómo le conocía de antes y tratando también de nuestro estado; y con esto nos fuimos a nuestra posada.

Después nos envió a decir con un hombre principal, que fuésemos a la ciudad de Meaco, que es la más principal que él tiene, donde está su palacio real, que será la ciudad de más de cien mil vecinos, y que la veríamos, y otras ciudades muy principales circunvecinas. Está el Meaco cien leguas de la ciudad de Nangoya, donde hablamos al emperador, la tierra adentro. Dionos para el viaje navío en que fuésemos y arroz, hasta que llegamos a la corte donde él estaba, y hasta ahora nos lo ha dado. Hablando un día el principal, que nos tiene en su casa, con el emperador de cosas nuestras, visto el frío que hacía, le dijo que nos diese carbón de el que él gastaba y que nos arropásemos; respondió el principal que no queríamos traer más ropa de la que nosotros usábamos. A esto dijo el emperador que pues le habíamos tomado por padre, que le obedeciésemos en esto, que nos moria-

mos de frío; y así, después que se despidió el emperador, el principal, to-pándonos en una calle, se comenzó a quitar una ropa larga de las que traía, aforrada con algodón, para que me la pusiese yo; y diciéndole, ¿que para qué hacía aquello?, respondió, que lo mandaba el emperador; pero yo no le consentí que se la quitase, ni hemos admitido más ropa de la que nosotros usamos, aunque hace grandes fríos.

La ciudad que he dicho de Meaco, ha dado el emperador a un sobrino suyo, con otros dos o tres reinos y su nombre propio, que es Vacondono, y ha tomado otro nombre para sí y llámase Taycozama. En esta ciudad hay muchas casas de señores, vistosas y costosas, particularmente el palacio de el emperador, donde agora está el rey sobrino. Mandó el emperador al rey su sobrino nos visitase y convidase a comer y así lo hizo. Comió con él el gobernador de esta ciudad y el principal, que nos tiene en su casa, delante de muchos caballeros que nos estaban viendo comer.

Acerca de la conversión tenía mucho que escribir y por remitirme a una relación, que allá va, no diré más de que estoy muy prendado de ella, por lo que he visto y palpado y así voy aprendiendo lengua a gran priesa. Ha sido muy grande el aliento y consuelo que los cristianos han recibido con nuestra llegada, porque antes que nosotros llegásemos no osaban traer cuentas y agora las traen; oyen misa, con tanta devoción y atención, que admira; están con mucho silencio oyéndola; vienen de tres leguas a confesarse a Meaco, con dos padres de la compañía que están aquí. En todo lo descubierto de el mundo no hay gente más dispuesta y capaz, ni que más aferre con lo que una vez recibieron: ahí verá V. C. algunas dudas que me han puesto acá los infieles, tocando en muchas cosas de predestinación; y esto digo para que se entienda si es menester que sepan los que hubieren de venir acá, para responder a éstas y otras muchas dudas que ponen. Hay muchos casados que tienen hecho voto de castidad; son la gente muy templada en el comer y en el beber y muchos no beben vino; no son gente de borracheras. La tierra es muy sana, aunque fría; la gente crecida y tan gordos que no parece sino que los están cebando con ricos manjares. Sus comidas son muy pobres; viven muy sanos y muchos años. Una mujer vino a nuestra casa de setenta años y pidió una cuenta para su abuela; y otro hombre vino otra vez con un nieto suyo, el cual nieto tenía ya otro nieto.

Los bonzos, que son los religiosos de los gentiles, no comen (según dicen) carne ni pescado, y andan gordos como unas nutrias; dicese hay en esta ciudad diez y ocho mil de ellos; dicese quiere el emperador enviar diez y siete mil a la Coria, para que aren y caben y sustenten la gente que allá está; y si esto se hace es de mucha importancia para que vayan muy adelante las cosas de la conversión y se abre puerta muy ancha para ella; y dicen que de los enemigos los menos. Olvidábaseme que un padre de la compañía nos trajo resfresco, a Firando, de pan y gallinas y frutas, que fue al puerto donde primero saltamos en tierra cuando llegamos; por ser costumbre del Japón no ir a ver a nadie, el que va por embajador, antes que vea al emperador, por eso no fuimos a ver los padres de la compañía cuando llegamos,

y si después no lo hicimos fue porque no nos dieron lugar para ello, por cuanto mandó el rey nos embarcáramos luego, de como dimos la embajada, para el Meaco, donde nos visitamos y aun yo les gané por la mano, que primero les visitamos que viniesen a nuestra posada.

De los japones que van a Manila y vienen, se sabe acá cosas tan menudas que causa admiración; y así, entre otras cosas que le dijeron al rey, fue una que los padres de la compañía impedían nuestra venida al Japón; y así anduve inquiriendo si era verdad y preguntélo a un cristiano que de allá venía, el cual respondió que había oído decir no sé qué; pero que no se certificaba ni entendía ser así; entonces el emperador envió a llamar al embajador Farada, el cual le respondió que no lo sabía. Luego envió a llamar a nuestro carrero, que es criado del rey y hombre muy principal y se lo preguntó; el cual le dijo también que no sabía. A lo cual el emperador dijo: ¿son los padres de la compañía señores de mis tierras para que contradigan la venida de los padres franciscos acá? Si es verdad que ellos lo han contradicho no me quedará ni uno en todos mis reinos.

Tierra es ésta donde se puede guardar la regla tan bien y mejor que en España y donde se puede hacer una provincia de cuarenta casas, teniendo por cabeza al Meaco y las casas en treinta leguas a la redonda, donde hay muchas ciudades y otros pueblos grandes, sin otros pueblos, muchos pequeños; y cada casa de a diez, doce frailes y ahora hace el emperador otra ciudad, legua y media del Meaco, que dicen será mayor que el Meaco.

Los hermanos que acá vinieren no se encarguen de negocios del gobernador; porque los que yo traje nos han costado hartos trabajos. Envía ahora a pedir el emperador dos gatos de Algalía y un carabao pequeño; podránse dar a algún japon que los traiga; acá no quieren por embajadores a religiosos, sino a seculares, ricos y generosos y que traigan larga bolsa para que gasten con unos y con otros; porque es costumbre del Japón, cuando van a visitar al rey, o a algún grande, dar presentes; y ése negocia mejor que más y mejores presentes da, y el otro nada, o casi nada. Viniéndonos a ver un padre de la compañía, se disculpó con nuestro casero que no le había traído nada y otro día se lo envió. Y a nosotros ha mandado dar el rey un sitio para casa y huerta; porque en la que estamos no la tenemos. Yendo una vez por una calle nos perseguían y daban grita muchos japones infieles y enmedio de esta persecución se llegó a nosotros un niño cristiano y nos hizo gran cortesía. Yendo una vez por una calle se llegó a nosotros un enfermo que traía en la mano una escudilla de agua, en la cual metió el cordón y se bebió aquel agua y sanó. Viénnos a ver los cristianos de muy lejos. Los infieles acuden con gran cuidado a sus templos, donde oyen sus sermones y andan sus romerías y hacen sus penitencias y honras, y esto en gran número; y ha de ser mucha parte el tener ellos esta costumbre para que convirtiéndose, acudan sin pesadumbre a nuestras iglesias como gente que está acostumbrada a acudir a adorar a sus ídolos.

Quando se trató de ver el presente que llevábamos, decíase que era poco y que no se podía llevar delante del emperador; a lo cual respondió su oidor: no traten si es mucho o poco el presente que el gobernador de Ma-

nila envía, basta lo traigan los padres que han dejado lo que nosotros andamos a buscar. Tienen acá muy buena artillería y arcabuces muchos, y muchos navíos y hácenlos con gran facilidad; dicen no saben los soldados de allá tirar, porque dicen gastan la pólvora en balde. El día que nos convidó a comer el rey de Meaco, que es sobrino del emperador, hallamos a sus puertas asestadas cuarenta y siete piezas de artillería, todas fundidas este año de 93. Conviene se tome casa en Nangasaque, o cerca de él; porque allí desembarcan los portugueses que traen la nao de Macán, para proveer a las demás casas de lo necesario y para recibir a los hermanos que de allá vinieren, y lo que de allá trajeren. La casa que se tomare será muy bien bastecida, porque ahí habitan a la redonda muchos portugueses y la proveerán como si fuese en España, por haber allí abundancia de todas las cosas necesarias. Conviene que un religioso de los que allí estuvieren sepa la lengua portuguesa; porque muchos portugueses se querrán confesar con él; y si este año pudiesen venir seis religiosos, cuatro para Nangasaque y dos para aquí, para este convento del Meaco, sería gran cosa. Pregúntase, si las cosas que este emperador da se pueden tener con buena conciencia, por haber entrado en el reino tiránicamente. Dícese que este emperador era capitán general del pasado y que sabiendo fuese muerto, dijo, que él quería tener a su cargo un nieto, que el pasado dejó, hasta que fuese de edad de regir y alzósele con el reino; y esto se pregunta, por lo que ha dado a cristianos y a infieles, que esperamos se convertirán y dará andando el tiempo. Ha sujetado este emperador a sí todos los reinos del Japón, los cuales no tenía así sujetos el pasado, y ha ganado parte de la gran Coria, que es un reino muy poderoso y de mucha gente, y hay en él mucha comida, vacas, carneros, puercos, venados y otros muchos animales; es la gente blanca, bien dispuesta y el temple de la tierra muy buena: *Messis, quidem multa: operarii autem pauci. Rogemus omnes Dominum messis; ut mittat operarios in messem suam.*

CAPÍTULO XXXI. *De cómo determinó el gobernador de Manila de hacer jornada a las islas del Maluco, y lo que acerca de esto fue ordenado*



ANTES QUE SALIESE EL EMBAJADOR DEL JAPÓN, publicó el gobernador la jornada del Maluco y trató de comenzar a despachar los soldados, lo cual no pareció bien a la ciudad; porque siempre se sospechó mal de este embajador y que venía más por atalaya y a entender la gente que había, y disposición de todo en las islas que por embajador. Y determinado a esto por ser terrenal y la fuerza que allí hay tiranizada, por los naturales de aquellas islas, primero de el rey nuestro señor; sin darlo a entender, mandó hacer galeras en algunas partes de las islas; y habiendo hecho sus trazas secretas, comunicándolo con sola una o dos personas (se-